

LIBROS

“LUZ SONREÍDA, GOYA, AMARGA LUZ”

DE

ILDEFONSO-MANUEL GIL

Este libro (1) es una especie de “tour de force” para un escritor. Ildefonso-Manuel Gil ha tratado de llenar ese espacio sugestivo entre el contemplador y la obra de arte; entre un contemplador y una obra de arte concretos; y, por lo concretos, particularmente significativos. Y ha visto muy claro nuestro escritor este proceso, y lo ha plasmado con una sabiduría y una soltura que ya quiero señalar desde el comienzo. En estas mismas columnas comenté, en su momento, la aparición de ese sugestivo libro de Rafael Alberti “Los ocho nombres de Picasso”. Ahora, frente al *Goya* de Ildefonso-Manuel Gil, tengo que hacer referencia a la misma base de sustentación de ambos libros: lo español, lo radicalmente vivo, sensorial y jugoso que es lo español. Si en el caso de Alberti quedaba nítidamente claro en la interpretación picassiana, en este libro que hoy comentamos se unen con sabia maestría el tono jocundo, vibrante, pero a la vez censor e irónico, a veces satírico, que dibuja esa imagen contradictoria y específica de lo hispánico.

Goya ha sido un pretexto para que nuestro escritor pueda asomarse al mundo dramático y patético de la vida española. Pero téngase bien presente una cosa: Ildefonso-Manuel Gil no se abandona al fácil esquema de lo tópico, de lo repetido una y mil veces, no se abandona a las sugerencias del pintor de Fuendetodos, sino que se atreve a traérnoslo de la mano, de la palabra, de la voz y las sensaciones de su mundo poéti-

co. Si, por una parte, el escritor descubre lo dramático y lo refleja en una suerte de distanciamiento (“En esa fuente / aprendió a pintar el niño / Francisco Goya Lucientes”) no se priva de ahondar en la realidad, trascenderla, como imagina que sucedería con el pintor, a través del “pasmado de sus ojos”, y nos ofrece un mundo netamente lírico, definitivamente poético:

*¡Qué voluntad de fantasmas
tenían todas las cosas
dentro del agua!*

Se funden, pues, en una sola entidad que es el poema (el libro es todo él un solo poema, una sola unidad), lo interpretativo-crítico que aporta el escritor con lo vitalista-sensorial que le viene dado por las sugerencias del pintor. La pintura se hace poesía, y viceversa. Pero tanto en un sentido como en otro la capacidad de penetración crítica de la realidad, y el despojamiento patético de la verdad, siempre encubierta por la corteza de las convenciones, se hace bien patente, y eficazmente expresado. La mirada es la que penetra, la que hiende el mundo. Dos miradas paralelas en tiempos diferentes, pero hermanados en el hombre, que se van ensombreciendo progresivamente: la luz será, primero *sonreída*, luego, *indecisa*, y, por último, *amarga*.

Pero al propio tiempo que la visión se modifica, se trasmuta, el lenguaje también se adapta, se pliega a la intención y necesidades del escritor. Sin olvidar nunca la tradición popular, la canción o el recitativo juglaresco; sin despreciar el valor gráfico y patético de la imagen popular que esconde la tragedia tras la máscara: (“Hay que atarse las calza / y hablar en plata / ¡todo el oro que ensalzas / es hojalata!”), Ildefonso-Manuel Gil se plantea su libro como un trabajo con la expresión y mientras asistimos a una lectura jugosa, brillante sensorial, rítmica, de versos cortos e intencionados, encontramos a cada tranco el orden sintáctico detenido, ceremonioso, profundo, crítico, y el verso se dilata, se hace versículo narrativo, casi prosa. Como si el poeta expresara

esas alternativas de la creación pictórica de Goya, o las más profundas alternativas del hombre español, agónico entre extremos inconciliables.

Nos permitimos recomendar la atenta lectura de este libro. Su paladeo más regocijado, porque no sólo asistiremos a una visión coyuntural de un tema, sino a una fiesta del lenguaje, cuando tan necesitada está de ella nuestra poesía contemporánea.

JORGE RODRÍGUEZ PADRÓN

(1).—Ildefonso-Manuel Gil. "Luz sonreída, Goya, amarga luz". Ed. Javalambre. Zaragoza, 1972. 83 págs.



"VIDA Y OBRA DE EMILY DICKINSON"

DE

ANA M^a. FAGUNDO

Ana María Fagundo es una escritora canaria que enseña literatura española en la Universidad de California. Sus poemas, que se recogen en tres libros ("Brotos", "Isla adentro" y "Diario de una muerte"), sus ensayos críticos aparecidos en revistas de reconocido prestigio, lo mismo que su denodado esfuerzo por mantener en pie esa revista poética ("Alaluz"), que desde Estados Unidos ella misma capitanea, y que ahora atraviesa, según me dicen, momentos difíciles, son aval más que suficiente para un importante trabajo literario que, ahora, se acrecienta con la publicación de un completísimo y muy minucioso estudio biográfico-crítico sobre Emily Dickinson (1), objeto de nuestro comentario.

En el libro de Ana María Fagundo nos sentimos atraídos desde el principio por algún tinte especial, por alguna sugestiva propuesta, que valora, aún más si cabe, la ya de por sí importante labor investigadora de la autora. Su escueta y sencilla manera de contarnos la vida y analizar la obra de la poetisa norteamericana, y el original planteamiento a que somete su trabajo: penetrar en ese mundo a través de su prosa epistolar, confieren al libro una de sus más significadas características. Y, desde luego, vigor, humanidad, cordialidad, tal y como si de un descubrimiento se tratase (y descubrimiento hay que seguir llamando a cualquier intento de acercarnos desde aquí a la poesía extranjera; tan huérfanos estamos de su conocimiento). Al propio tiempo, Ana María Fagundo justifica que si actúa de esta forma es porque "vida y obra están íntimamente relacionadas en el caso de Emily Dickinson. Se pueden observar ciertos paralelos entre su prosa epistolar y su poesía, tanto por lo que respecta a los aspectos temáticos como a los estilísticos".

La labor de nuestra escritora se carga también de valor crítico notable, desde el punto de vista estrictamente literario, cuando, en la última parte de su trabajo, analiza con toda pulcritud la poesía de Emily Dickinson, no sólo como expresión de su vida, de su historia amorosa ("su gloria y su dolor"), sino como trabajo literario sobre la forma; como proceso de dominio sobre la palabra. Lo que conduce a esa concentración expresiva, esa economía e interiorización, esa "búsqueda de lo esencial" que es típica en la poetisa de Amherst. "La poetisa —escribe Ana María Fagundo— sopesa cada palabra cuidadosamente; todo lo que sea superfluo se elimina, a veces con riesgo de caer en el hermetismo". Y concluye: "la palabra es importante sólo en la medida en que respira su propio aire; en la medida en que lo dice de manera nueva, distinta, original. Y la poesía de Emily Dickinson es, en alto grado, una poesía original precisamente por la forma de expresión".

Todo el libro evidencia un profundo co-

nocimiento del tema, un amoroso trabajo de investigación, pero, sobre todo, la entrega apasionada al hecho literario que, al igual que en el caso de la Dickinson, es patrimonio de Ana María Fagundo. Cuando tanto se habla y tanto se escribe sobre el nuevo impulso de la literatura de las islas, que se ha despojado del clásico sambenito de ser una literatura de la poesía, este libro de Ana María Fagundo nos confirma esta

interesante floración y, al reseñar su aparición, nos congratulamos de ello, pues se nos hace evidente que el hecho no se sustenta en meras conjeturas, sino en muy alentadoras realidades.

J. R. P.

(1).—Ana M^a Fagundo. "Vida y obra de Emily Dickinson". Ed. Alfabeta. Madrid, 1972. 194 págs.

